
Mujeres en la revolución

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana otorgó el Premio Salvador Azuela 1992 a Jorge Bazarro. El trabajo fue publicado en un volumen de la Colección Testimonios que devoré, confieso, atraída por el título: *Vivencias femeninas de la Revolución*.

Las entrevistas a las hermanas Ignacia Torres Vda. de Alvarez y Esther Torres Vda. de Morales contextualizan una parte desconocida del surgimiento del sindicalismo en México hacia 1912. Las dos protagonistas son hijas de un trabajador minero y de la valiente mujer que, al quedar viuda, se trasladó de Guanajuato a la ciudad de México con sus seis hijos, en busca de su sobrevivencia.

En la breve narración que nos refiere a la ciudad minera de Guanajuato, donde vivieron los primeros doce años de su vida, a principios del siglo, las hermanas nos presentan una imagen de las condiciones de vida de los trabajadores mineros, de acuerdo con sus diferentes estatus, y de las angustias de sus familias frente a cualquier

error de ellos, frente a cualquier indicio de resistencia y sus desmesuradas consecuencias. Algunos de sus comentarios dan también idea de las contrastantes relaciones de los trabajadores con los capataces, con los dueños extranjeros de las minas y, de alguna manera, de la relación ciudad-mina-campo, tan característica del porfiriato.

Ese antecedente es importantísimo porque enmarca la constitución de una subjetividad que acompañaría después, ya en la ciudad, a la permanente acción sindical militante, decidida, de la hermana mayor y a la forma en que la otra fue enganchada prácticamente a sus actividades de organización y de solidaridad huelguísticas, las cuales las llevaron, entre otras cosas, a montar obras de teatro, donde ellas mismas actuaban, para apoyar al movimiento que emergía a pesar de las acciones en contra de los trabajadores por parte de los dueños de fábricas, generalmente extranjeros, y del gobierno. La descripción de toda su actividad sindical, de sus reuniones para tomar decisiones y distribuirse tareas, en medio de bailes, volanteos, etcétera, nos hace descubrir una presencia valiosa, indispensable, de aquellas mujeres cuyos nombres y acciones han quedado en la penumbra de la historia.

Nachita, la menor, se vino antes con su madre a México, hasta que reunieron los recursos necesarios para traer a los demás hermanos. Empezó a trabajar a los diez años de edad en La Cigarrera Mexicana y cuando Esther llegó, trabajaron juntas como costureras en La Concordia (en San Antonio Abad!) y en la bonetería La Perfeccionada.

Acerca de esa etapa narran la forma en que se realizó el proceso de aprendizaje de los oficios desempeñados por las jóvenes que lograban ser contratadas, en donde las situaciones de salud de los trabajadores o las edades de contratación no estaban reglamentadas. Pintan la planta laboral con su transición de lo artesanal a lo industrial y sus matices modernizadores; la especialización como costureras y el trabajo a destajo aprovechando la introducción de máquinas eléctricas de coser que, por un lado, facilitaba la confección de un mayor número de prendas pero, por otro, se convirtió en una forma más afinada de explotación, ya que la máquina no debía detenerse para nada.

En su evidente interés por conocer la otra parte de la historia del surgimiento del sindicalismo mexicano —la vivida por las mujeres y no registrada en la historia oficial—, Basurto lleva a Esther e Ignacia a la descripción de las condi-

ciones en que se desarrolló la actividad laboral de un sector de las mujeres en la ciudad de México, de los momentos clave de su participación en las primeras huelgas, y sus motivaciones para continuar en la lucha a pesar de las consecuencias, pues los despidos y las represalias estaban a la orden del día, a más de las amenazas y reproches de su madre por “revoltosas” y por no dejar esas cosas, que eran “para los hombres”.

La inestabilidad de la planta productiva y los altibajos y depresiones del poder adquisitivo, en medio de las drásticas devaluaciones, condujo a los trabajadores a exigir su pago en talón oro en julio de 1916. Esto se convirtió en la demanda coyuntural de la primera huelga general, que afianzó el surgimiento de los sindicatos.

Los cambios de sedes de los sindicatos, pasando por la famosa Casa de los Azulejos, sus formas de funcionamiento hasta formalizarse la Casa del Obrero Mundial en 1913, atravesados por el engaño, la manipulación, las presiones a los trabajadores y las traiciones características del obregoncarrancismo, son consignados también y complementados en ambos testimonios.

Basurto no interpreta la información, tampoco induce: deja fluir la narración que nos pinta formas

de resistencia, miedos personales y sociales frente a aquellos cambios de figuras de gobierno, de liderazgos confusos, de sindicalistas auténticos y radicales, que en un momento dado se ven envueltos en la experiencia fraticida entre los batallones rojos y las huestes zapatistas y villistas.

Un aspecto muy puntual de la riqueza del trabajo es, sin duda, el testimonio de estas precursoras de los sindicatos de costureras que da cuenta de ese sustrato de aspiraciones, información–desinformación, comprensión–incomprensión de las consignas y enseñanzas de los líderes masculinos, contribuyendo a la explicación de la situación actual de ese sector del sindicalismo en México. Comenta

una de las hermanas que conseguían la participación de sus compañeras cuando les mencionaban que cantaban en las reuniones.

La forma en que Basurto plasmó el testimonio oral, consigue la contrastación y ensamblamiento de la información de las hermanas Torres en un ejercicio que ejemplifica posibilidades metodológicas de la socio-historio-antropología.

Rosaurora Espinosa Gómez

Jorge Basurto, *Vivencias femeninas de la Revolución*, Colección Testimonio, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, Secretaría de Gobernación, México, 1993.